

MICROANÁLISIS, HISTORIA SOCIAL Y ACONTECIMIENTO HISTÓRICO*

*Michel Bertrand***
Universidad de Toulouse

En su primer número del año 2007, bajo el título “Sciences sociales, famille et parenté” la revista *Annales* propone, en su sección de reseñas, un muestreo de la reciente producción de las ciencias sociales relativa al tema de la historia familiar. Un rápido recuento de la veintena de libros escogidos, según ella, como representativos de dicha producción no deja de ser muy esclarecedor a pesar de su dimensión reducida y arbitraria. Claramente, algunos planteamientos que conocieron su edad de oro hace 30 o 40 años han dejado de ser, hoy día, de actualidad. Concretamente ningún libro aquí reseñado remite explícitamente al acercamiento de corte demográfico que parece haber desaparecido del panorama historiográfico. De la misma forma, otra vertiente que aparece descuidada es el planteamiento del tema familiar desde lo jurídico, al cual solo dos libros remiten. Para terminar, lo mismo ocurre con los aspectos relacionados a la historia cultural o a las representaciones de la cual, mas sorprendentemente quizá, solo dos trabajos se reivindican abiertamente.

La casi totalidad de los trabajos recopilados y presentados por el comité de redacción de la revista se reparten en torno a dos grandes tópicos de la historia familiar. Una fuerte minoría – una tercera parte – se relaciona con diversas temáticas abordadas desde una acepción que podríamos calificar de estrecha o restringida de la realidad familiar, limitándose a analizar el funcionamiento del núcleo familiar, tales como, por ejemplo las relaciones entre esposos o entre padres e hijos, los criterios de elección del conyugue y, entre ellos, el surgimiento del sentimiento, la transmisión patrimonial, ya sea en los bienes materiales como en los simbólicos – como lo es en el caso del nombre.

El resto de los trabajos escogidos por la revista, o sea la mitad de ellos, abordan el tema familiar desde una perspectiva algo más amplia. No se limitan a tomar en cuenta el círculo familiar conformado por el conjunto compuesto por padres e hijos sino que lo contextualizan al centrarse en el entorno social y relacional, ocupando en dichos estudios el tema del parentesco un papel fundamental. Sin pretender dar ningún carácter científico

* Una primera versión de este texto ha sido presentada en la conferencia de clausura del 8vo Congreso centroamericano de Historia que se desarrolló en San José en julio 2008.

** Michel Bertrand es profesor de la Universidad de Toulouse II-Le Mirail. Ha trabajado sobre historia agraria de la Guatemala colonial y también es uno de los pioneros de la aplicación de la metodología prosopográfica y la teoría de las redes sociales en Francia, con su obra sobre los oficiales de la real hacienda de México en el siglo XVII y XVIII “Grandeur et misères de l’office”, en general es especialista en Historia Colonial hispanoamericana.

a este sondeo solo indicativo, se puede sin embargo hacer por lo menos dos observaciones. Lo primero que los trabajos aquí recopilados ilustran es claramente un retorno a planteamientos tradicionales – parentesco, movilidad e identidad social, solidaridades, estrategias familiares y matrimoniales – aunque, con toda evidencia, para revisitarlos a partir de nuevos paradigmas. Muy especialmente entre todos estos trabajos, una categoría de análisis ocupa un lugar cada vez más importante: es la de “lazo social”, fundamentada en un instrumento de análisis importado al campo de la Historia desde la Sociología como lo es la “red social”. Su principal interés es el de ofrecer la posibilidad de considerar el territorio familiar como algo significativamente más amplio que el simple espacio definido en términos de parentesco sobre el cual los grandes maestros del tema familiar de los años 60 y 70 habían puesto énfasis.¹

Lo segundo es claramente la insistencia en un planteamiento deliberadamente “social” de la historia familiar asociándolo a una preocupación preponderante por las prácticas que caracterizan el funcionamiento del grupo familiar y no tanto al de sus normas o reglas. Este enfoque, nutrido muy especialmente por las aportaciones de la antropología, se asocia en muchos casos a un acercamiento concebido en términos de microanálisis. Este último significa considerar como objeto de estudio un espacio social reducido para, usando del “juego de escalas” promovido por Bernard Lepetit y Jacques Revel, observar lo que ocurre en lo cotidiano de un espacio familiar. Se trata entonces de poner así en evidencias las lógicas, las estrategias y los dinamos de un grupo familiar y confrontarlos con su entorno más amplio para medir su significación en la sociedad considerada.

Hoy día, aún cuando existe un fenómeno de moda que anima a usar metafóricamente, y por lo tanto a abusar, de categorías como “lazo”, “red”, “nivel micro”, “juego de escalas” y “actor social” de la misma forma que, en los años 60 y 70 se llegó a multiplicar referencias a otras categorías sin utilizarlas verdaderamente o efectivamente como instrumentos de análisis, se puede decir que, en unos 20 años, el panorama de la historiografía del campo social, medido aquí desde el tema familiar, ha cambiado radicalmente. En este sentido no se trata por lo tanto hoy de “convencer” ni de “justificar” de la utilidad o de la pertinencia del uso de dichas categorías: asociadas a enfoques de tipo micro-analítico, se han multiplicando los ejemplos que ilustran su pertinencia al aplicarse a temas, espacios y períodos cada vez más numerosos y diversos. De forma que, el objetivo en estas reflexiones que siguen es tan solo desarrollar, partiendo de la observación anterior de dicha banalización del enfoque micro analítico, lo que ello significa en relación a nuestra concepción de los procesos históricos. Para ello me centraré aquí en desarrollar una reflexión sobre un tema de ninguna forma novedoso pero siempre de actualidad y que podemos plantear de la manera siguiente: ¿qué es lo que llamamos “acontecimiento histórico”? Y más concretamente: ¿Qué influencia el enfoque micro analítico ha podido tener en dicha definición del acontecimiento histórico?

Es hoy común considerar que, con la definición braudeliiana tripartita de la temporalidad, el tiempo corto estrechamente relacionado con los acontecimientos ha sido paulatinamente marginado dentro de la reflexión histórica. El nuevo acercamiento al tiempo histórico propuesto por Fernand Braudel ha permitido erigir a la historia como una verdadera “ciencia social” al igual que la sociología. Es más: esta visión de la historia-ciencia social ha llegado a ser uno de los fundamentos de la llamada “edad de oro” de la

corriente historiográfica identificada con la revista *Annales*.² No interesa aquí discutir el hecho de que, en su práctica como historiador, el propio Fernand Braudel estuvo muy lejos de rechazar tan rotundamente el detalle de los acontecimientos como lo demostraron hace tiempo P. Veyne,³ L. Stone⁴ y sobre todo P. Ricoeur⁵ y más recientemente M. Grossetti.⁶ Todos han subrayado la importancia de la dimensión narrativa, cuando no de la intriga, en la retórica braudeliana. Es más: todos señalan también el lugar ocupado por el acontecimiento mismo, el cual se encuentra presente a todos los niveles de análisis como una variable importante de la intriga.

Lo que sí quiero considerar aquí es como, la crisis, o mejor dicho el cuestionamiento de los paradigmas estructuralistas braudelianos y de lo que Bernad Lepetit calificó, hace precisamente 20 años, como el necesario “giro crítico” que tenía que tomar *Annales*,⁷ ha significado para los historiadores asumir una nueva visión del acontecimiento y de su papel en los procesos históricos, visión desde luego muy alejada de la “espuma de la historia” a la cual la condenó en su tiempo Fernand Braudel.

En un primer acercamiento puede definirse al acontecimiento histórico como lo que “adviene”, lo que “ocurre” en una fecha precisa y en un lugar determinado. Sin embargo, con esta primera definición, el acontecimiento histórico puede confundirse con un simple accidente. Este último es también lo que ocurre aunque, axiomáticamente, de una manera contingente o fortuita. En este sentido, el accidente es un acontecimiento que hubiera podido no producirse. A la inversa, el acontecimiento histórico presenta un carácter ineludible: es esperado como un efecto necesario, como un resultado de un cierto desencadenamiento de causas o de condiciones previas. En este sentido, el acontecimiento histórico y no el accidente, puede preverse con alguna anticipación o beneficiarse de una cierta predicción.

En este sentido el acontecimiento histórico no se confunde con un simple “hecho” aun cuando este último se sitúa dentro de una cierta regularidad temporal y aun cuando algún pronóstico puede contribuir a su predicción. El “acontecimiento histórico” tiene entonces un significado mucho más amplio que el simple “hecho”, sobre todo cuando en realidad es, en gran parte, el fruto de una construcción intelectual asociada a la reflexión del historiador. Es él quien ha sido capaz de relacionarlo con lo que le precede y lo que le sigue. En este sentido esta construcción intelectual del acontecimiento histórico erradica de él todo lo que pueda tener de único, de inesperado, de singular al ser precisamente el historiador quien lo escoge por ser la expresión, aunque superficial, de regularidades, de repeticiones más profundas.

Desde esta primera perspectiva, podemos entonces considerar que el acontecimiento histórico se encuentra siempre situado dentro de una doble postulación. Por una parte es la del hombre sorprendido por el acontecer del acontecimiento, puede que traumatizado por él, o que al inversa saborea su especificidad, su particularidad o su novedad. Por otra parte se encuentra la percepción del historiador quien, aunque siempre admita que el tiempo no puede ser otra cosa que una “serie de acontecimientos”, no tiene otro objetivo que de repensarlos para discernir detrás de la absoluta discontinuidad del tiempo una lógica que dé sentido a su sucesión. Entendemos entonces que el acontecimiento histórico establece una síntesis entre dos percepciones. En una mano se encuentra el historiador que no puede aceptar limitar su trabajo a una simple identificación de puros hechos ya que el acontecimiento histórico es mucho más que dichos hechos. En la otra se encuentra el actor social

que puede estar tentado en considerar que “todo es acontecimiento”, o sea aparición de algo nuevo ya que ocurre siempre algo, ya sea en una vida individual o en la un colectivo.

A partir de esta doble percepción podemos proponer una doble definición del acontecimiento histórico. La primera sería en términos negativos: todo lo que ocurre no puede ser visto como una sucesión de “hechos” ya que mucho entre lo que ocurre es solo repetición de algo anterior. En este sentido todo aquello que se repite, todo aquello que se caracteriza por su monotonía, todo aquello que sencillamente parece durar, no constituyen propiamente “acontecimientos históricos”. A la inversa, consideraremos como tales todo lo que se destaca de la grisalla, de la uniformidad del horizonte humano. El “acontecimiento histórico” es entonces lo que destaca por nuevo o novedoso, lo que raja el orden de las cosas. Es lo que introduce una ruptura dentro de la discontinuidad del tiempo, es todo aquello que cobra importancia ya sea para un individuo concreto – una boda, el nacimiento de un niño, una enfermedad, una muerte –, ya sea para un grupo social más o menos amplio, tal como una guerra, una revolución o el coronamiento de un rey. Dentro de la continuidad temporal, el acontecimiento histórico es entonces lo que aparece como bastante importante o novedoso para ser recortado en trozos cronológicos, destacado, memorizado y, en muchos casos conmemorado.

A estas alturas podemos concluir esta primera etapa de nuestra reflexión considerando que el acontecimiento histórico se diferencia de cualquier hecho común. Este último es lo que se desarrolla a un momento dado y en un lugar concreto mientras que el primero es más que nada una “construcción” social. Pero es más: es también, y quizás sobre todo, una deconstrucción del tiempo. Y es precisamente como tal que es escogido y memorizado. Desde esta última perspectiva podemos entonces concluir que el acontecimiento histórico no tiene ningún carácter de objetividad al ser fundamentalmente un dado, una noción, una construcción profundamente antropocéntrica.

Partiendo de esta primera etapa de reflexión relativa a lo que consideramos como un acontecimiento histórico podemos, en un segundo momento, reflexionar sobre otro carácter o cualidad de dicho acontecimiento. Lo que interesa aquí no se sitúa en la materialidad de los hechos identificados sino, en base a la primera definición a la que llegamos, en la necesaria reflexión, por parte del historiador, sobre el modo de seleccionar dichos acontecimientos históricos por los propios contemporáneos. Al ser el acontecimiento histórico una construcción antropológica interesa desde luego comprender como los actores sociales se los apropian después de identificarlos. En este sentido, la comprensión de las modalidades de presencia al mundo por parte de dichos actores viene a ser esencial para permitir “ver” lo que ellos identificarán como un acontecimiento histórico. Tener en cuenta esta perspectiva, va a tener un doble impacto sobre lo que llamaremos “acontecimientos históricos”. En primer lugar significa la necesidad de tener en cuenta los códigos culturales de la época considerada. Esta precaución no solo permite medir efectivamente lo que un actor, un grupo, una época distinguirá para considerarlo como un acontecimiento efectivamente histórico sino que también garantiza contra el riesgo del anacronismo. Por otra parte remite esta preocupación a otro aspecto muy importante de considerar y subrayado especialmente en los trabajos de Pierre Laborie sobre los procesos memoriales en Francia relativos al período de Vichy: es lo que él llama “los modos de cristalización de los acontecimientos”. Con ello quiere subrayar el hecho de que todo acontecimiento toma sentido

según el contexto dentro del cual se sitúa. Ello determina por lo tanto la forma con la cual los contemporáneos van a considerarlo. Sin embargo el historiador no puede quedarse prisionero de esta elaboración del acontecimiento por dichos contemporáneos ya que ellos lo fabrican a partir de sus conocimientos al respecto y, quizás sobre todo, de sus prejuicios. De allí la utilidad de proyectar sobre el pasado que estudiamos como historiadores las preguntas que nos surge nuestra actualidad. Es esta la mejor manera, acaso la única, de deshacernos de la prisión intelectual en la cual están necesariamente encerrados aquellos que nos sirven de punto de partida para reconstruir nuestro conocimiento del pasado. Es más: es sobre todo así como conseguimos renovar los cuestionamientos históricos.

Estas diversas observaciones remiten entonces a un segundo carácter de lo que podemos considerar como un acontecimiento histórico. En un primer momento significa que existe la posibilidad de lecturas múltiples de todo acontecimiento: la de los contemporáneos y ulteriormente la de los que, al echar la mirada hacia tras, leen este pasado, más o menos reciente, a partir de sus preocupaciones surgidas de su propia contemporaneidad. Estas reflexiones invitan entonces al historiador a desconfiar, de forma sistemática, de las llamadas “evidencias históricas” que por definición, no existen. En este sentido el acontecimiento histórico debe siempre ser considerado dentro de su contexto sin priorizar nunca una lógica de sucesión de los acontecimientos en detrimento de otras. Desde esta última perspectiva, podemos entonces aceptar la idea de que la historia solo reconstituye más que un encadenamiento de los acontecimientos entre muchos otros posibles que no se dieron y que sin embargo si existieron potencialmente.

Para terminar esta reflexión relativa al acontecimiento histórico quisiéramos ahora insistir en un tercer y último carácter al respecto. Remite muy especialmente a las aportaciones desarrolladas por Pierre Laborie en sus investigaciones relativas a la Francia de Vichy en las cuales pone en evidencias el papel fundamental de las representaciones en la construcción del discurso histórico.⁸ Su concepción de dichas representaciones y de su impacto sobre la manera de narrar la historia y por lo tanto de identificar los acontecimientos históricos entra directamente en resonancia con la noción que el gran medievalista francés George Duby elaboró al hablar de “historia continua”, concepto que desarrolla en el último libro que llegó a escribir antes de morir.⁹ Siguiendo a ambos historiadores podemos considerar que el acontecimiento histórico no es solo lo que ocurre, como empezamos escribiéndolo al principio de este texto al intentar definirlo ya que no tiene solo una dimensión factual, inscrita en el tiempo corto, como lo concebía Fernand Braudel. Es también, y de la misma forma, lo que ocurre después de lo que acaba de ocurrir. Este último carácter relativo al acontecimiento histórico insiste en un aspecto fundamental relativo a sus procesos de construcción. Ponen en evidencia el conjunto de las interacciones que interfieren entre el momento en que ocurre algún acontecimiento y todo el amplio campo de su recepción. En otras palabras, el acontecimiento histórico es tanto el proceso mismo de los hechos como la acogida de aquellos. De forma que es sobre todo en el mismo acogimiento de los hechos que se ubica su verdadera significación. Desde esta perspectiva, y es aquí otro de los puntos puestos en evidencia por las aportaciones de Pierre Laborie, todo acontecimiento puede llegar a tener impactos de muy larga duración a pesar de pertenecer por definición, dentro de la división tripartita del tiempo, al tiempo corto. En este sentido, podemos aceptar la idea de que los acontecimientos históricos pueden llegar a tener

efectos estructuradores para una sociedad en un momento considerado. Si tal es el caso, surge entonces una última observación relativa al acontecimiento que podemos expresar de la forma siguiente: ¿cuando se acaba? De hecho, existen permanentes vaivenes entre el pasado y el presente de los acontecimientos, muy especialmente si tomamos en cuenta los procesos de construcciones memoriales relativos al pasado. Estos últimos no paran de reelaborar continuamente a los acontecimientos iniciales para acabar dándoles caracteres siempre distintos a los que pudieron tener en momentos o etapas anteriores.

De los tres caracteres aquí desarrollados que nos permitieron identificar el acontecimiento histórico así como medir su impacto sobre la escritura de la historia, podemos sacar al menos dos grandes conclusiones relativas a la naturaleza y al lugar ocupado por el acontecimiento en la construcción del saber histórico. La primera podría basarse en una cita de Arlette Farge:

“S’il est vrai que l’écriture de l’histoire requiert de passer du désordre à l’ordre (désordre des sources, des hypothèses, des documents ; ordre raisonné de la narration), il faut savoir qu’il n’y a pas d’histoire sans reconnaissance de ce qui fait désordre, énigme, écart, irrégularité, silence ou murmure, discorde dans le lien entre les choses et les faits, les êtres et les situations sociales ou politiques”.¹⁰

De forma que, de acuerdo a estas consideraciones, el trabajo del historiador viene a ser el de ubicar el acontecimiento histórico precisamente intentando llevar a cabo sus observaciones a un nivel de observación el más bajo posible, o sea, y retomando una formulación de Jacques Revel, “*au raz-du sol*”.¹¹ Esta preocupación viene asociada a la toma en consideración de la posible incertidumbre en los procesos históricos, muy especialmente tal y como podía ser percibida por los propios actores. Esta misma perspectiva viene también a ser una invitación a tomar en cuenta no solo los éxitos y los exitosos como objeto de estudio pero también a los fracasos y fracasados. En este sentido, para el historiador, todo es materia para ser identificado como un posible “acontecimiento histórico”, tanto lo que puede ser, o mejor dicho parecer, espectacular como lo banal, lo cotidiano, siempre cuando el historiador sea capaz de construir una interrogación pertinente al respeto.

Esta primera definición del acontecimiento histórico viene entonces a ser algo como una invitación para recurrir a fuentes históricas nuevas, muy especialmente a aquellas que, durante mucho tiempo, fueron menospreciadas por no corresponder con los acercamientos estructuralistas entonces dominantes. Es esta nueva concepción del acontecimiento histórico la que incitó a acercarse a fuentes como, por ejemplo, las memorias redactadas por los propios actores así como a todos aquellos escritos producidos por ellos para contar sus experiencias personales o vivencias, tales como las correspondencias o las llamadas fuentes del “*for privé*”. Esta misma y renovada concepción del acontecimiento histórico animó también a la utilización novedosa de fuentes hasta entonces ampliamente utilizada pero de manera radicalmente distintas. Tal es el caso de las fuentes notariales así como de las judiciales: si siguen hoy ampliamente utilizadas no lo son con la misma finalidad que en el pasado. Lo que interesaba entonces era su carácter serial y por lo tanto repetitivo y cuantificable. A la inversa hoy lo que se pretende sobre todo movilizar a través de esta documentación es más bien su dimensión cualitativa, cuanto no lo excepcional, que puede surgir detrás de casos concretos.

La segunda conclusión que podríamos sacar la podemos apoyar en una cita de Jacques Revel:

“Il n’y a pas d’énonciation historique qui ne passe par une mise en récit dans laquelle l’événement joue un double rôle: ce qui arrive et ce qui conditionne le changement, la rupture”.¹²

A estas alturas y en base a la afirmación de Jacques Revel es probablemente necesario recordar que la historia no es sino un proceso de elaboración del conocimiento fundamentado en el hecho de escindir el tiempo. Ahora bien, el tiempo de todo acontecimiento es, por definición, imposible de reproducir. En este sentido existe una singularidad absoluta y total de todo acontecimiento histórico. Sin embargo, el acontecimiento histórico no puede ser un simple momento temporal aislado de lo que le precede y le sucede. En este sentido, el acontecimiento histórico se encuentra totalmente envuelto dentro de procesos temporales mucho más amplios que el propio momento al cual está estrechamente asociado. Podemos entonces considerar que el acontecimiento histórico expresa fundamentalmente una relación al tiempo y remite por lo tanto y sobre todo a la noción de temporalidades históricas que se entrecruzan de forma permanente conforme al paso del tiempo y según las relaciones que establecen inevitablemente pasado, presente y futuro.

En esta concepción del acontecimiento histórico es necesario subrayar aquí la aportación de Reinhart Koselleck quien pone en evidencia la existencia de dos temporalidades irreductibles una a otra, lo que él identifica como la de las estructuras – o temporalidad larga - y la del hecho – o temporalidad corta. Sin embargo este mismo historiador considera también que estructuras y hechos son estrechamente interdependientes. Su concepción de dos temporalidades históricas correlacionadas tiene, para nuestra reflexión, múltiples consecuencias. La primera significa que la multiplicidad de los niveles de temporalidad no es solo obra del trabajo de reconstrucción del historiador sino que está también presente en las mismas experiencias de los actores sociales. En este sentido lo que podríamos calificar como las dinámicas históricas se sitúan precisamente en este entramado de temporalidades, o sea aquellas que viven precisamente los actores sociales y a las cuales contribuyen sus propias iniciativas. Dicho de otro modo, su concepción del tiempo histórico et de sus ritmos desiguales desemboca en la toma de conciencia de su complejidad, estrechamente vinculada la multiplicidad del tiempo social, o sea del tiempo vivido.

Esta reflexión fundamentada en tres aportaciones fundamentales de Reinhart Koselleck – o sea la comprensión de la gran complejidad de lo que llamamos “tiempo histórico” estrechamente asociada a la aceptación de la pertinencia del acontecimiento histórico como instrumento heurístico al servicio de la comprensión del pasado así como al papel decisivo del historiador en la identificación de dichos acontecimientos – ha tenido importantes ecos en las orientaciones actuales de la investigación histórica preocupada precisamente en movilizar al acontecimiento histórico y promoverlo al rango de puerta de acceso idónea a la complejidad del pasado. Ha llevado a considerar como necesaria la toma en cuenta de las experiencias temporales de los propios actores sociales, lo cual significa valorar la incertidumbre, la imprevisibilidad mientras, por definición, la materia del trabajo del historiador es lo que ocurrió. Este acercamiento llevó a Arlette Farge a definir una categoría de acontecimientos históricos que ella calificó muy acertadamente como

de «baja intensidad».¹³ Otra de las consecuencias de este enfoque es la caracterización de las formas y de las razones de las actuaciones de los actores sociales relacionándolas con interpretaciones contextuales y relacionales. Una última emanación que merece ser señalada es el redescubrimiento del papel del acontecimiento mediante el llamado “juego de escala” teorizado por Jacques Revel y Bernard Lepetit.¹⁵ Este último acercamiento al pasado ofrece la posibilidad de un análisis diferenciado de lo social en función del nivel de observación escogido, tal y como lo ilustran los estudios fundamentados en planteamientos micro históricos.

Al momento de concluir esta reflexión relativa al regreso de acontecimiento histórico entre las herramientas al servicio del trabajo del historiador podemos insistir en que ha vuelto a situarse de nuevo en el centro de sus preocupaciones. Es más: este regreso al primer plano ha permitido a los historiadores plantearse nuevas preguntas que hasta entonces el acercamiento fundamentalmente estructuralista no incitaba a abordar. Sin embargo, este regreso del acontecimiento histórico no significa necesariamente el abandono de planteamientos con preocupaciones más globales. En realidad, y como lo insisten aquellos que desarrollaron su reflexión partiendo de un análisis micro histórico, es en el vaivén entre lo micro y lo macro que dicho enfoque toma todo su significado. Es solo así como se revela un instrumento privilegiado al servicio de un enriquecimiento y una renovación de nuestros conocimientos relativos al pasado. Desde luego, a falta de establecer esta estrecha relación entre lo local y lo global, dicha metodología puede sufrir de sus propias limitaciones. Entre ellas se sitúa el hecho de que este regreso del acontecimiento histórico se mide en términos de riesgo para la progresión del conocimiento histórico, apuro que podemos observar a menudo dentro de un sinfín de publicaciones: es la tendencia afirmada a la fragmentación de la narración histórica bajo el label de un enfoque desde lo local. Este enfoque favorece en muchas oportunidades la yuxtaposición de anécdotas singulares, las cuales impiden entonces el surgimiento de un significado global o colectivo de lo estudiado al limitarse, al fin y al cabo, a multiplicar posiciones o iniciativas individuales. Evitar las trampas de este acercamiento supone entonces poner son atención en todo aquello hacia donde convergen conjuntos observables portadores de acontecimientos realmente históricos, o sea interrogados como tales y no como puras anécdotas. Supone también tener en cuenta que no es siempre fácil mantener este objetivo al considerar, como ya se dijo, que el acontecimiento histórico puede tomar su verdadera dimensión mucho después de haber tenido efectivamente lugar. Son por lo tanto las consecuencias, en el sentido el más amplio posible de la palabra, de un acontecimiento histórico las que pueden dar su verdadero significado a todos estos trozos de pasado aparentemente incoherentes entre sí. Es en este sentido que, claramente, el acontecimiento histórico viene a ser una construcción permanente que se despliega a lo largo del tiempo, largo proceso al cual el propio historiador no es de ninguna manera ajeno. En otras palabras, para el historiador, ahora que la importancia otorgada al acontecimiento histórico ha sido reevaluada, el verdadero reto de su trabajo viene a ser la posibilidad de identificarlos con vistas a descubrir todo aquello que contribuye tanto el “sentido” como el “significado” de la Historia.

Notas

1. La publicación en los ochenta de la gran síntesis dirigida por André Burguière, Françoise Zonabend, Christiane Klapisch-Zuber y otros, presentó las grandes aportaciones de 30 años de una intensa producción historiográfica relativa al tema familiar. Para la versión en castellano, véase *Historia de la familia*, bajo la dirección de André Burguière y otros, Prólogo de Claude Lévi-Strauss y Georges Duby (Madrid, España: Alianza Editorial, 1988).
2. Julián Casanova, *La historia social y los historiadores* (Barcelona, España: Crítica, 1991).
3. Paul Veyne, *Comment on écrit l'histoire, essai d'épistémologie* (París, Francia: Éditions du Seuil, 1971).
4. Laurence Stone, *El pasado y el presente* (México, Fondo de Cultura Económica, 1981).
5. Paul Ricoeur, *Temps et Récit*, 3 tomos (París, Francia: Éditions du Seuil, 1983-1985).
6. Michel Grosetti, *Sociologie de l'imprévisible* (París, Francia: PUF, 2005).
7. Introducción de Bernard Lepetit al número especial "Histoire et sciences sociales; un tournant critique", *Annales ESC*, n. 6 (novembre-décembre, 1989): 1317-1323.
8. Pierre Laborie, *L'opinion française sous Vichy: les Français et la crise d'identité nationale, 1936-1944* (París, Francia: Éditions du Seuil, 2001).
9. Georges Duby, *L'histoire continue* (París, Francia: O. Jacob, 2001).
10. Arlette Farge, "Penser et définir l'événement en histoire. Approche des situations et des acteurs sociaux", *Terrain*, n. 38 (2002): 67-78. Texto disponible en la siguiente dirección: <http://terrain.revues.org/index3902.html>
11. Jacques Revel, Prefacio a la edición francesa de Giovanni Levi, *Le pouvoir au village, Histoire d'un exorciste dans le Piémont du XVIIème siècle* (París, Editions Gallimard, 1985), I-XXXIII.
12. Jacques Revel, "Retour sur l'événement : un itinéraire historiographique", Fabiani J.-L. (dir), *Le goût de l'enquête. Pour J.-Cl. Passeron* (París, L'Harmattan, 2001), 95-118.
13. Arlette Farge, *Ibid.*
14. Jacques Revel (dir), *Jeux d'échelles, la microanalyse à l'expérience* (París, Editions Gallimard/Éditions du Seuil, 1996); Bernard Lepetit, *Les formes de l'expérience, une autre histoire sociale* (París, Albin Michel, 1995).